

asunto es acudir a toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias ni buscar preámbulos, sino, a la llana y sin rodeos, decir vuestros males; que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos.

Oyendo lo cual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse a los pies de Don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decía:

—Ante estos pies y piernas me arrojó, ¡oh, caballero invicto!, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería. Estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia, ¡oh, valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y escurecen las fabulosas de los Amadis, Espladianes y Belianises!

Y dejando a Don Quijote, se volvió a Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo:

—¡Oh, tú, el más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldín, mi acompañador, que está presente! Bien puedes preciarte que en servir al gran Don Quijote sirves en cifra a toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes a tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueña, para que luego favorezca a esta humildísima y desdichadísima condesa.

A lo que respondió Sancho:

—De que sea mi bondad, señora mía, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, a mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa; que, de las barbas de acá, poco o nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias, yo rogaré a mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora, que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude a vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaúle su cuita y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos.

Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habían tomado el pulso a la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual, volviéndose a sentar, dijo:

—Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la infanta Antonomasia, heredera del reino; la cual infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días, la niña Antonomasia llegó

a edad de catorce años, con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Pues ¡digamos agora que la discreción era mocosa! Así era discreta como bella, y era la más bella del mundo; y lo es, si ya los hados envidiosos y las Parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida. Pero no habrán; que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal a la tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad de ingenio; porque hago saber a vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar, y más que era poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente a hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho del reino.

#### CAPÍTULO XXXIX

##### *Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.*

La Dolorida prosiguió diciendo:

—En fin, al cabo de muchas demandas y respuestas, el Vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa; de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres días la enterramos.

—Debió de morir sin duda—dijo Sancho.

—Claro está—respondió Trifaldín—; que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino muertas.

—Ya se ha visto, señor escudero—replicó Sancho—, enterrar un desmayado, creyendo ser muerto, y parecíame a mí que estaba la reina Maguncia obligada a desmayarse antes que a morir; que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta, que obligase a sentirse tanto.

—Razón tienes, Sancho—dijo Don Quijote—; porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida; que a mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia.

—Y ¡cómo si queda lo amargo!—respondió la Condesa—¡Y tan amargo, que en su comparación son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas! Muerta, pues, la reina, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando, *¿quis talia fando temperet a lacrymis?*, puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que, junto con ser cruel, era encantador; el cual, con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la misma sepultura: a ella convertida en una jimia de bronce, y a él en un espantoso cocodrilo, de un metal no conocido; y entre los dos está un padrón, asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso manchego venga conmigo a las manos en singular batalla; que para sólo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.»

Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje; y asiéndome a mí por los cabellos, hizo finta de querer segarme la gola y cortarme a cercén la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz a la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero; con todo, me esforcé lo más que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecución de tan riguroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes; y después de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando a todas la culpa que yo sola tenía, dijo que no quería con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua; y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrían los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos a los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis.

Y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venían, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas,

cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas y cuáles albarrazadas; de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió:

—Desta manera nos castigó aquel follón y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspeza destas cerdas; que ¡pluguiera al cielo que antes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre! Porque, si entramos en cuenta, señores míos... y esto que voy a decir agora, lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes, pero la consideración de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas; y así, lo diré sin lágrimas. Digo, pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre o qué madre se dolerá della? ¿Quién le dará ayuda? Pues aun cuando tiene la tez lisa y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh, dueñas y compañeras mías! ¡En desdichado punto nacimos!

Y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

#### CAPÍTULO XL.

*De cosas que atañen y tocan a esta aventura y a esta memorable historia.*

Dice la historia que así como Sancho vió desmayada a la Dolorida, dijo: —Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como ésta. ¡Válgate mil Saturanases, por no maldecirte por encantador y gigante Malambruno! Y ¿no hallaste otro género de castigo que dar a estas pecadoras, sino el de barbarlas? ¿Cómo? Y ¿no fuera mejor, y a ellas les estuviera más a cuento, quitarles la mitad de las narices de medio abajo, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar a quien las rape.

—Así es la verdad, señor—respondió una de las doce—, que no tenemos hacienda para mondarnos; y así, hemos tomado, algunas de nosotras, por remedio ahorrativo, de usar de unos pegotes o parches pegajosos, y

aplicándolos a los rostros y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra.

—Yo me pelaría las mías—dijo Don Quijote—, en tierra de moros, si no remediase las vuestras.

A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo:

—El retintín desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó a mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva, y cobre todos mis sentidos; y así, de nuevo os suplico, andante, inclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra.

—Por mí no quedará—respondió Don Quijote—; ved, señora, qué es lo que tengo de hacer; que el ánimo está muy pronto para serviros.

—Es el caso—respondió la Dolorida—, que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más o menos; pero si se va por el aire y por línea recta, hay tres mil y doscientas y veinte y siete. Es también de saber, que Malambruno me dijo que, cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada a la linda Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en el cuello, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal caballo, según es tradición antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlín. Prestósele a Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, a la linda Magalona, llevándola a las ancas por el aire, dejando embobados a cuantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino a quien él quería, o mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora, no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro día en Potosí; y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él.

A esto dijo Sancho:

—Para andar reposado y llano, mi Rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo.

Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió:

—Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin a nuestra des-

gracia antes que sea media hora entrada la noche, estará en nuestra presencia; porque él me significó que la señal que me daría por donde yo entendiese que había hallado el caballero que buscaba, sería enviarme el caballo, donde fuese con comodidad y p esteza,

—Y ¿cuántos caben en ese caballo?—preguntó Sancho.

La Dolorida respondió:

—Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas; y, por la mayor parte, estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.

—Querría yo saber, señora Dolorida—dijo Sancho—, qué nombre tiene ese caballo.

—El nombre—respondió la Dolorida—, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni menos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalbán; ni Frontino, como el de Rugero; ni Etonte ni Piroente, como dicen que se llaman los del Sol; ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino.

—Yo apostaré—dijo Sancho—, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede a todos los que se han nombrado.

—Así es—respondió la barbada Condesa—; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en el cuello, y con la ligereza con que camina; y así, en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante.

—No me descontenta el nombre—replicó Sancho—; pero ¿con qué freno o con qué jáquima se gobierna?

—Ya he dicho—respondió la Trifaldi—que con la clavija, que volviéndola a una parte o a otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, o ya por los aires, o ya rastreando y casi barriendo la tierra, o por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas.

—Ya lo querría ver—respondió Sancho—; pero pensar que tengo que subir en él, ni en las silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. ¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi Rucio y sobre una albarda más blanda que la mesma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojín ni almohada alguna! Pardiez, yo no me pienso moler por qui-

tar las barbas a nadie. Cada cual se rape como más le viniere a cuento; que yo no pienso acompañar a mi señor en tan largo viaje; cuanto más, que yo no debo de ser al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

—Sí sois, amigo—respondió la Trifaldi—; y tanto, que sin vuestra presencia, entiendo que no haremos nada.

—¡Aquí del Rey!—dijo Sancho— ¿Qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijiesen los historiadores: «el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de Fulano, su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla», pero ¡que escriban a secas: «don Paralipómenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos», sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente a todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo a decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga; que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa, mi señora; y podría ser que cuando volviese, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto; porque pienso, en los ratos ociosos y desocupados, darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo.

—Con todo eso, le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos; que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que, cierto, sería mal caso.

#### CAPÍTULO XLI

##### *De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura*

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya a Don Quijote, pareciéndole que, pues Malabrundo se detenía en enviarle, o que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, o que Malabrundo no osaba venir con él a singular batalla. Pero véis aquí, cuando a deshora entraron por el jardín cuatro salvajes, vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera.

Pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los salvajes dijo:

—Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.

Aquí dijo Sancho:

—Yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.

Y el salvaje prosiguió diciendo:

—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malabrundo; que, si no fuera de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esa clavija que sobre el cuello trae puesta el caballo; que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malabrundo; pero, porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje.

Esto dicho, dejando a Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido.

La Dolorida, así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo a Don Quijote: —Valeroso caballero, las promesas de Malabrundo han sido ciertas; el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio a vuestro nuevo viaje.

—Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme a tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros a vos, señora, y a todas estas dueñas, rasas y mondas.

—Eso no haré yo—dijo Sancho—, ni de malo ni buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros; que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. Y ¿qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí a Candaya, si el caballo se cansa o el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá insula, ni insulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieran la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está san Pedro en Roma: quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.

A lo que el Duque dijo:

—Sancho amigo, la insula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva; raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones; y pues vos sabéis, y sé yo, que no hay ningún género de oficio destes de mayor cantía que no se granee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual menos, el que yo quiero

llevar por este gobierno es, que váis con vuestro señor Don Quijote a dar cima y cabo a esta memorable aventura; que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva a pie, hecho romero, de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y a vuestros ínsulanos con el mismo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo de serviros tengo.

—No más, señor—dijo Sancho—; yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar a cuestras tantas cortesías, Suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios, y avisenme si, cuando vamos por esas altanerías, podrá encomendarme a nuestro Señor o invocar los ángeles, que me favorezcan.

A lo que respondió la Trifaldi:

—Sancho, bien podéis encomendaros a Dios, o a quien quisiéredes; que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—Ea, pues—dijo Sancho—Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

—Desde la memorable aventura de los batanes—dijo Don Quijote—, nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho; que, con licencia destes señores, os quiero hablar aparte dos palabras—y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las manos, le dijo:

—Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la incomodidad y espacio que nos darán los negocios; y así, querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses a buena cuenta de los tres mil y treientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás; que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

—¡Par Dios—dijo Sancho—, que vuesa merced debe de ser menguado! Ahora, que tengo de ir sentado en una tabla rasa, ¿quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuesa merced razón. Vamos ahora a rapar estas dueñas; que a la vuelta, yo le prometo a vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa a salir de obligación, que vuesa merced se contente... y no le digo más.

Y Don Quijote respondió:

—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás; porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy verde, sino moreno—dijo Sancho—; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra.

Y con esto, se volvieron a subir en Clavileño, y al subir, dijo Don Quijote:

—Tapaos, Sancho, y subid, Sancho; que quien de tan lueñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar a quien dél se fía; y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

—Vamos, señor—dijo Sancho—; que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced y tápese primero; que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

—Así es la verdad—replicó Don Quijote; y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió a la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió a descubrir, y dijo:

—Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palás, el cual iba preñado de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya; y así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

—No hay para qué—dijo la Dolorida—; que yo le fío, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor; vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y ¡a mi daño, si alguno le sucediere!

Parecióle a Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía; y así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenía estribos, y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida, en algún romano triunfo. De mal talante y poco a poco llegó a subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que, si fuese posible, le acomodasen de algún cojín o de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa o del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño.

A esto dijo la Trifaldi que ningún jaez ni ningún género de adorno su-

fría sobre sí Clavileño; que lo que podía hacer era, ponerse a mujeriegas, y que así no sentiría tanto la dureza.

Hízolo así Sancho, y diciendo a Dios, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados, se volvió a descubrir, y mirando a todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen.

A lo que dijo Don Quijote:

—Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura, o en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no a la sepultura, sino a ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy a tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga a la boca el temor que tienes, a lo menos en presencia mía.

—Tápenme—respondió Sancho—; y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna legión de diablos, que den con nosotros en Peralvillo?

Cubriéronle, y sintiendo Don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo:

—¡Dios te guíe, valeroso caballero! ¡Dios sea contigo, escudero intrépido! Ya, ya váis por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta, ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas; mira no cayas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol, su padre.

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñéndole con los brazos, le dijo:

—Señor, ¿cómo dicen éstos, que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto a nosotros?

—No repares en eso, Sancho; que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres; y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas; que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo; que, en efecto, la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.

—Así es la verdad—respondió Sancho—; que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando:

Y así era ello, que con unos grandes fuelles le estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta.

Sintiéndose, pues, soplar Don Quijote, dijo:

—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego; y no sé yo como templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos.

En esto, con unas estopas, ligeras de encenderse y apagarse, pendientes de una caña, les calentaban desde lejos los rostros.

Sancho, que sintió el calor, dijo:

—Que me maten, si no estamos ya en el lugar del fuego, o bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en que parte estamos.

—No hagas tal—respondió Don Quijote—, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos; y en doce horas llegó a Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón; y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire, le mandó el diablo que abriese los ojos y los abrió, y se vió tan cerca, a su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar a la tierra por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos; que el que nos lleva a cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre o neblí sobre la garza, para cogerla, por más que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardín, créeme, que debemos de haber hecho gran camino.

—No sé lo que es—respondió Sancho Panza—; sólo sé decir que si la señora Magallanes o Magalona se contentó destas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes.

Todas estas pláticas de los valientes oían el Duque y la Duquesa y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y queriendo dar remate a la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de

cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió antes con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados.

En este tiempo ya se había desaparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas y la Trifaldi y todo, y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos; y mirando a todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció su admiración cuando a un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

«El inclito caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con sólo intentarla.

»Malambruno se da por contento y satisfecho a toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia en su pristino estado; y cuando se cumriere el escudril vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos jirifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador; que así está ordenado por el sabio Merlín, protoencantador de los encantadores.»

Habiendo, pues, Don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo a su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fué a donde el Duque y la Duquesa aún no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque, le dijo:

—Ea, gran señor, buen ánimo, buen ánimo; que todo es nada; la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto.

El Duque, poco a poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que fácilmente podían dar a entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué a abrazar a Don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometía; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el

suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.

Preguntó la Duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

—Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió: mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices, aparté tanto cuanto el pañuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas; porque se vea ¡cuán altos debíamos de ir entonces!

A esto dijo la Duquesa:

—Sancho amigo, mirad lo que decís, que, a lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

—Así es verdad—respondió Sancho—; pero con todo eso, la descubrí por un ladito, y la ví toda.

—Mirad, Sancho—dijo la Duquesa—, que por un ladito no se ve todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas—replicó Sancho—; sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creará vuesa merced cómo, descubriéndome por junto a las cejas, me ví tan junto al cielo, que no había de mi a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por la parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que, como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las ví, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, que si no la cumpliera, me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, y ¿qué hago? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente, me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora; y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

—Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras—preguntó el Duque—, ¿en qué se entretenía el señor Don Quijote?

A lo que Don Quijote respondió:

—Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice; de mí sé decir que ni descubrí por alto ni por bajo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba a la del fuego; pero que pasásemos de allí, no lo puedo creer; pues estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos; y pues no nos asuramos, o Sancho miente, o Sancho sueña.

—Ni miento ni sueño—respondió Sancho—; si no, pregunténme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad o no.

—Dígalas, pues, Sancho—dijo la Duquesa.

—Son—respondió Sancho—, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.

—Nueva manera de cabras es ésa—dijo el Duque—, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores... digo, cabras de tales colores.

—Bien claro está eso—dijo Sancho—; si, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo a las del suelo.

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque es pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardín. En resolución, éste fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir a los Duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar a Sancho siglos, si los viviera; y llegándose Don Quijote a Sancho al oído, le dijo:

—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que ví en la cueva de Montesinos, y no os digo más.

#### CAPÍTULO XLII

*De los consejos que dió Don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.*

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día, que

el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque a Sancho que se bellinase y compusiese para ir a ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo.

Sancho se le humilló y le dijo:

—Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía un grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un granó de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que, a mi parecer, no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho—respondió el Duque—, yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña; que a sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobre manera fértil y abundosa, donde, si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

—Ahora bien—respondió Sancho—, venga esa ínsula; que yo pugnaré por ser tal gobernador, que a pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.

—Si una vez lo probáis, Sancho—dijo el Duque—, comeros héis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador (que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas), que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que tubiere dejado de serlo.

—Señor—replicó Sancho—, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.

—Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo—respondió el Duque—; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete. Y quédese esto aquí, y advertid que mañana, en ese mesmo día, habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.

—Vístanme—dijo Sancho—como quisieren; que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza.

—Así es verdad—dijo el Duque—; pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa; que no sería bien que un juris-